

# LA VERDAD

DIARIO CATOLICO.

AÑO II.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—Pago ADELANTADO.

SANTANDER

Viernes 22 de Agosto de 1884.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defuncion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 476.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranza del Giro múltiplo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

MADAME ANTOINE,  
DENTISTA

8. SOMORROSTRO, 8.

## Boletín Religioso

Santo de hoy.—Santos Timoteo, Hipólito y Sinforiano.

En este día de la octava de la Asuncion de la Santísima Virgen María, hace la Iglesia conmemoracion de estos Santos mártires. Siendo sumo pontífice San Melquiades, se presentó en Roma un caballero principal llamado Timoteo, muy docto en las ciencias divinas y humanas, y fervoroso siervo del Señor; brillantes dotes que utilizó en beneficio de las almas, convirtiendo innumerables á la religion de Jesucristo. Preso de orden del prefecto Tarquino, y no pudiendo conseguir que Timoteo abrazase los errores del gentilismo, le mandó azotar por tres veces, despedazar su cuerpo en el ecúleo, y por último cortarle la cabeza el día 22 de Agosto, año de 311.

San Hipólito floreció en tiempo del emperador Alejandro Severo. La santidad y ciencia de este Santo movieron al Sumo Pontífice á nombrarle obispo de Puerto Romano. El prefecto de Roma Ulpiano le hizo prender en la misma ciudad de Puerto Romano, y atado de pies y manos fué arrojado el Santo obispo en una profunda hoya llena de agua, donde murió el día 22 de Agosto de 229.

San Sinforiano fué francés, natural de Autun, hijo de padres cristianos y ricos. Siendo muy jóven, fué preso por la fé de Jesucristo, y no pudiendo lograr los gentiles que la abandonase, le azotaron cruelmente, y por último, le sentenciaron á muerte. Cuando le llevaban al suplicio, salió al encuentro su santa madre animándole al martirio, que sufrió con invicta fortaleza el día 22 de Agosto de 273.

## LA VERDAD.

SANTANDER 22 DE AGOSTO DE 1884.

### CINISMO SE NECESITA.

Y no poco para decir lo que dice *La Union* en un artículo del sábado, titulado *Una carta al Sr. Sagasta*, que no es otra, como com-

prenderán nuestros lectores, que la magnífica de los reverendos Obispos y reverendísimo Arzobispo de la provincia eclesiástica de Búrgos, protestando y desmintiendo lo dicho por el jefe del fusionismo en la discusion del Mensaje en el Congreso de los diputados el 9 de Julio último.

Duda el órgano oficial de la mesticería de la autenticidad de la citada carta, porque no la ha visto en el *Boletín Oficial Eclesiástico* y porque el Sr. Arzobispo de Búrgos acostumbra á enviarles cuantos documentos publica en el ejercicio de su pastoral ministerio, y no les ha dirigido la carta en cuestion. Poderosísimas razones para dudar de lo que es un hecho público é incontestable; pero esto no nos llama la atencion por saber ya hace tiempo cómo y cuándo se duda de la autenticidad de un documento de altísima importancia, segun ejemplo ya antiguo, y sobre todo porque esa duda puede disculpar á *La Union* de no insertar la carta de los Prelados, haciendo el papelote de que no puede haber disonancias entre ella y estos, error del cual no saldrán sus lectores, creyendo, por no ver el documento, que los Prelados de la provincia de Búrgos han benedecido otra vez á *La Union* y hasta elogiado su conducta.

No decimos esto á humo de pajas, y en prueba de ello véanse las estupendas afirmaciones de *La Union* en el artículo que nos ocupa:

«Para el liberalismo y la revolucion no se dan actualmente otros enemigos que nuestra asociacion salvadora y el señor ministro de Fomento.»

Esto nos ha hecho reir, al leerlo, por lo tonto que es; sin duda los lectores de *La Union* deben ser simplianas en grado superlativo, cuando tales cosas les propina su periódico. ¡Conque la *Union Católica* y Pidalini son los únicos enemigos del liberalismo y de la revolucion! Sin duda lo son declarándose en el Congreso, liberales, aceptando, como jurídicamente sancionada, la violenta ocupacion de los Estados Pontificios, declarándose partidarios de la libertad de cultos, violadora del concordato, y pasando por la secularizacion de los cementerios. De esos enemigos quiere la revolucion. Pero hay más: segun la afirmacion trascrita, los que no somos borregos del Sr. Pidal somos revolucionarios, y los Prelados que no se

declararon partidarios de la *salvadora asociacion* tambien lo son.

No hemos de copiar todas las tonterías y falsedades que el periódico mestizo trae á seguida de lo dicho, porque seria entonces cosa de transcribir íntegro el artículo, pero sí las principales, las que atañen á nuestro objeto, que no es otro que justificar el epígrafe de este artículo.

En la carta que, «al parecer, ha dirigido al Sr. Sagasta el sábio y venerable señor Arzobispo de Búrgos en defensa de la *Union Católica* y contra las gravísimas aseveraciones que respecto de nuestra *Asociacion salvadora* formuló el jefe del fusionismo en el discurso que hace más de un mes pronunció en la Cámara de diputados, euando la discusion del Mensaje.»

«¿Qué se dice en la carta aludida, que pueda servir de pretexto ni aun remoto para que la prensa liberal y revolucionaria sostenga lo que sostiene? En primer lugar, se niega lo afirmado por el Sr. Sagasta respecto de que la *Union Católica* se haya confundido é identificado con el partido conservador. Esto envolveria, en efecto, un ataque á la *Union Católica*, si nosotros no hubiéramos dicho y repetido cien veces lo que dice el venerable señor Arzobispo de Búrgos, si lo que nosotros decimos y dice el venerable señor Arzobispo de Búrgos, no lo hubiese dicho y repetido el Sr. D. Alejandro Pidal en el Congreso; en nombre de todos los diputados que pertenecen á nuestra asociacion salvadora.»

«El Sr. Sagasta pretendia poner en contradiccion al Sr. Pidal con sus compañeros de Gabinete, y con este motivo acusó á los diputados que son individuos de la *Union Católica* de haberse dejado entre las zarzas la unidad católica y todas sus consecuencias. A este ataque intencionadísimo contestó con una afirmacion rotunda y terminante el Sr. Pidal en nombre de todos nuestros amigos, declarando que sigue fiel á sus opiniones y creencias de toda la vida, y que la unidad católica es el porvenir.» Por último, «hubiéramos tenido mucho gusto (de habérselos enviado el Prelado) en reproducir la carta, siendo como es una defensa de nuestra asociacion salvadora.»

No hay porque enumerar las equivocaciones voluntarias contenidas en estos sustanciosos y atrevidos párrafos. Conque, ¿los Prelados firmantes de la carta solo se proponen la defensa de Pidal y demás diputados que pertenecen á la *salvadora asociacion*? Habla el Sr. Arzobispo de Búrgos del cargo dirigido por Sagasta contra la *Union Católica* de haber dejado entre las zarzas la unidad católica con todas sus consecuencias

y dice. «Gravísimo es este cargo dirigido por V. E. á los señores diputados miembros de la *Union Católica*, y no puedo menos de creer que se habrán levantado como un solo hombre para protestar euérgicamente contra tan rotunda y explícita afirmacion,» «seguramente lo harán (responder de una manera digna á las elocuentes palabras de Sagasta), atendida su historia y sus promesas, como miembros de una asociacion que tiene por base principal aceptar íntegramente las enseñanzas y doctrinas de la Iglesia tales como aparecen más especialmente consignadas en la Encíclica *Quanta cura* y en el *Syllabus* que la acompaña, entendido, explicado y aplicado, como lo entienden, explican y aplican la Santa Sede y los Obispos; esto es, sin distingos ni acomodos fáciles para prosperar. Resulta, pues, que era deber sagrado é ineludible en los miembros de la *Union Católica*, protestar que ellos no habian dejado entre las zarzas la unidad católica. Ahora bien, ¿han cumplido con este deber? No solo no le han cumplido, sino que algunos de ellos declararon terminantemente que aceptaban la libertad de cultos y creian que cuando el año 76 la habian impugnado como hipótesis, acaso ellos eran los equivocados y no Cánovas del Castillo.

Los demás callaron á todo, aun aludidos expresamente. De qué modos tan corteses y benévulos se vale el Sr. Arzobispo de Búrgos (como él sabe hacerlo), para decir á los conspicuos de la *salvadora* que han faltado á su deber, y han dejado entre las zarzas la unidad católica con todas sus consecuencias. ¡Vaya una defensa!

El caso es que D. Alejandro Pidal y Mon declaró en nombre de todos los amigos de *La Union salvadora*, que la unidad católica es el porvenir (cosa contradicha por Cánovas), y acudió á la hipótesis para justificar su conducta. En cambio los obispos de la provincia de Búrgos, por boca de su Metropolitano están por la unidad católica en la actualidad, diciendo: «No, Excmo. Sr: los Obispos y Arzobispos españoles no se han movido de su puesto; están donde siempre han estado, y lejos de dejar entre las zarzas la unidad católica y todas sus consecuencias, dejarían antes, mediante la gracia de Dios, su vida en medio de los tormentos. No, mil veces; los obispos de España, lejos de reconocer que la unidad católica es una

— 1103 —

—Aquí estoy: ya usted lo vé ¿Se sabe algo de Lucía?

—¿Qué quieres que sepa yo? Nada se sabe: está en Milan, digo, si todavía está en este mundo. Pero tú...

—¿Y su madre vive?

—Puede ser; pero ¿quién quieres tú que lo sepa? No está aqui; no obstante...

—¿Dónde se halla?

—Ha ido á vivir á Valsasina, en casa de aquellos parientes suyos de Pasturo, ya sabes. Dicen que allá la peste no hace tantos estragos como por acá. Pero tú... digo...

—Lo siento á la verdad. ¿Y el padre Cristóbal?

—Hace poco tiempo que marchó. Pero...

—Ya lo sabía; me lo escribieron. Preguntaba si habia vuelto por acá.

—¡Disparate! Ya no se ha sabido más de él pero tú...

—Tambien es cosa que siento en el alma.

—¿Pero tú que vienes á hacer por acá? ¡Válgame Dios!

— 1102 —

esquina vió venir una cosa negra, que conoció inmediatamente ser don Abundo.

Caminaba paso á paso con su baston á modo de quien lleva y es reciprocamente llevado, y á medida que se acercaba, se iba advirtiendo en la palidez y flaqueza de su rostro, y en todas sus facciones, que él tambien habia corrido su borrasca.

Miraba él igualmente, le parecia, y no le parecia; notaba en el traje alguna cosa de forastero, y efectivamente era el traje del país de Bérnago.

«No hay duda en que es él,» dijo para sí, y levantó las manos al cielo en ademán de una admiracion nada grata; y quedando suspendido en el aire el baston que tenia en la mano derecha, se veian bailar en las mangas del vestido aquellos descarnados brazos que en otro tiempo le llenaban cumplidamente. Apresuróse Lorenzo á alcanzarle, y le hizo una reverencia, pues cuando se separaron la última vez como saben nuestros lectores, le miraba siempre como su Cura párroco.

—¡Conque estas aquí tú!—exclamó Den Abundo.

— 1099 —

de que iba provisto. De fruta tenia á su disposicion en todo lo largo del camino más de la necesaria: higos, albaricoques, ciruelas, sin más trabajo que entrar en un campo y tomarlas de las ramas, ó cojer del suelo las más maduras caidas bajo el árbol; por que además de que el año era extraordinariamente abundante de peras y manzanas, no habia casi quien hiciese caso de ellas. Las uvas tambien eran tantas, que los racimos ocultaban las ojas, quedando á disposicion del primero que quisiese cogerlas.

Al caer de la tarde divisó su pueblo. Aunque debia estar preparado á aquella vista, sintió no obstante un latido en su corazon. Acometiéronle de golpe mil recuerdos dolorosos y mil penosos presentimientos. Sonábele en los oidos aquel siniestro tocar á rebato que le acompañó y persiguió al huir de su país, y le afligia al mismo tiempo el mortal silencio que allí reinaba entonces. Turbóse sobremanera al desembocar en la plazuela de la iglesia; pero mayor debia ser a turbacion que experimentase al llegar al tér-





